

# INTENCIÓN SIGNITIVA Y TEXTURA SEMÁNTICA\*

Harry P. Reeder  
Universidad de Texas en Arlington

## 1. Introducción

El siglo veinte podría llamarse en filosofía “el siglo de la filosofía del lenguaje”. El lenguaje ha figurado como un tema importante en casi todas las áreas de la filosofía. Los filósofos del siglo veinte, desde los positivistas hasta los análisis más concretos de Wittgenstein y Austin,<sup>1</sup> han encontrado que el lenguaje y sus funciones son fundamentales para resolver (o “disolver”) cuestiones y problemas filosóficos. La fenomenología tiene mucho que ofrecer a la filosofía del lenguaje. Mientras que Wittgenstein y Austin aportan un acercamiento al lenguaje más concreto que el positivismo, la fenomenología ofrece un acercamiento todavía más concreto. Sin embargo, la literatura fenomenológica pocas veces presenta descripciones fenomenológicas reales del uso del lenguaje. El presente ensayo busca ser una contribución a este acercamiento concreto al lenguaje, y específicamente a la manera como se tiene experiencia de las intenciones signitivas.

En *Investigaciones lógicas*, Husserl<sup>2</sup> distinguió entre intenciones signitivas e intuitivas. Nota que el peso del contenido intuitivo o signitivo de un acto puede ser representado por la fórmula  $i + s = 1$ . Husserl<sup>3</sup> explica más claramente la distinción entre intenciones signitivas e intuitivas como sigue:

La intención signitiva alude meramente al objeto; la intuitiva lo representa en sentido estricto; tiene algo de la plenitud del objeto mismo.

Así, la intención signitiva no presenta al objeto mismo, sino que es un “señalador lingüístico” para el objeto, mientras que la intención intuitiva tie-

ne realmente éxito en alcanzar el objeto de la intención de tal manera que el objeto es dado en la intención.

Ocasionalmente todos nos esforzamos por encontrar una palabra. A veces buscamos una palabra en particular, a veces solamente una palabra oportuna, y a veces una clase especial de palabra. Hacemos esto todos los días, pero no he encontrado todavía un tratamiento filosófico de este fenómeno.<sup>4</sup> Lo que me propongo hacer es presentar una descripción fenomenológica de varias clases distintas de experiencias de “buscar” palabras,<sup>5</sup> con el fin de aclarar algunas maneras distintas en que aparecen las intenciones signitivas e intuitivas. En aras de la brevedad, me atendré a “buscar una palabra”, a pesar de que el fenómeno descrito se extiende, *mutatis mutandis*, a buscar una frase, una oración, un soliloquio dramático, una estrofa de poesía, etc. El tema de las intenciones signitivas e intuitivas será tratado y en parte ampliado en una discusión acerca de lo que será llamado más abajo “textura semántica” y “cumplimiento”. Lo que sigue es un bosquejo de una tipología eidética de diferentes formas de buscar una palabra. Como tal, esta discusión pretende contribuir a la fenomenología del uso del lenguaje. En el proceso de describir las distintas formas de búsqueda de palabras, espero ilustrar algunas de las diferencias fenomenológicas en la manera en que las palabras y los conceptos aparecen a la conciencia, haciendo así una aportación a la literatura filosófica sobre los universales (especialmente al rechazo del nominalismo y del estructuralismo).

No es mi objetivo dar cuenta exhaustiva de los diferentes modos en que las intuiciones signitivas pueden aparecer: en efecto, estoy convencido de que personas distintas pueden experimentar las intenciones signitivas de maneras distintas,<sup>6</sup> especialmente en lo que concierne a las imágenes mentales que las acompañan (*Vorstellungen*), las que, como Husserl advierte, son inesenciales —una refutación fenomenológica de la explicación primaria del uso del lenguaje hecha por los empiristas británicos.<sup>7</sup> El hecho de que distintos individuos puedan “procesar” las intenciones signitivas y la textura semántica de maneras distintas no significa que el presente estudio no pueda ser eidético. En efecto, creo que el rango de diferencias en la experiencia real de la gente necesita de una ontología eidética regional, la cual requiere de muchas más descripciones fenomenológicas de las que ahora se encuentran en la literatura fenomenológica. Debe notarse que las distintas maneras de buscar palabras que detallo aquí pueden aparecer en combinación, y de hecho lo hacen.

Nuestro análisis del buscar palabras introducirá el concepto de “textura semántica”. Éste es un entretejido indisoluble de muchos rasgos identificables del uso vivo del lenguaje, tales como conceptos, la *langue* lexicalizada, el espacio semántico y la intención comunicativa. Estos rasgos (y otros) pueden ser aislados mediante una abstracción, pero debe insistirse en que la textura semántica es un fenómeno que se vive unitariamente, una estructura ontológica básica del ser-en-el-mundo-con-otros del *Dasein*, y no una mera amalgama de “pedazos”<sup>8</sup> separables. Así pues, describir la textura semántica localiza el empleo del lenguaje en el vivir en la cura como un existenciaro del *Dasein*, constitutivo para el ego trascendental de Husserl. Es un rasgo central en la constitución de la intersubjetividad.

Nuestra discusión también responderá indirectamente a una popular visión contemporánea del lenguaje como “lineal”. Muchas discusiones actuales acerca del lenguaje, las computadoras y el hipertexto se refieren continuamente al monigote de su propia creación de un lenguaje escrito que moldea todo pensamiento hacia una linealidad que está constriñendo y estrechando la creatividad humana. Se espera que la presente discusión muestre que estas quejas son experiencialmente falsas, a pesar de su extendida popularidad. Se verá que una explicación fenomenológica del fenómeno de buscar palabras, conceptos y metáforas descubre capas y regiones, interrelacionadas de modo complejo, de significados vividos lingüísticamente, que son cualquier cosa menos lineales.

Hay una forma de buscar una palabra que será excluida de esta discusión. Buscar un nombre tiene ciertas características psicosociales que no comparte con otras formas de buscar palabras. Debido a estas características únicas, la experiencia de buscar un nombre será dejada para una consideración futura.

Habiendo excluido la búsqueda de nombres, la discusión se centrará en cuatro formas distintas de buscar una palabra. Estas cuatro formas no agotan las posibilidades de buscar una palabra, pero encajan en la abrumadora mayoría de dichos casos. Las cuatro formas son: buscar una palabra específica, buscar una palabra que convenga a un concepto, buscar un concepto (y luego una palabra que le convenga), y buscar una expresión metafórica. Cada una de estas formas comparte ciertas estructuras fenomenológicas, y cada una tiene sus características únicas. Los rasgos fenomenológicos compartidos serán discutidos primero, y luego serán mostrados los rasgos únicos. Debe hacerse notar desde el principio que los rasgos que hay que describir se traslapan e

interpenetran unos a otros con frecuencia, así que la explicación que sigue será necesariamente un tanto cuanto repetitiva.

Antes de discutir los rasgos compartidos del buscar palabras, es oportuna una restricción importante. No deseo dejar la errónea impresión de que nuestra vida mental —incluso nuestra vida mental lingüística— está necesariamente atada a palabras. Husserl advierte que nuestro pensamiento no está siempre atado tan estrechamente a palabras:

Obsérvese que las series de pensamientos, que se adelantan atropelladamente, no se asocian en parte muy considerable a las palabras correspondientes a ellos, sino que son suscitados por el flujo de las imágenes intuitivas [*anschaulicher Bilder*] o de sus propios encadenamientos asociativos.<sup>9</sup>

Como Gendlin advierte,<sup>10</sup> distintas formulaciones lingüísticas pueden sacar a la luz distintos aspectos de una vivencia que son ellos mismos no lingüísticos o pre-lingüísticos. Aquí uno piensa en los laboriosos análisis de Heidegger diseñados para “deconstruir” la concepción y las terminologías filosóficas tradicionales con el fin de resaltar la vida temporal ontológica del *Dasein*.

## 2. Rasgos compartidos

En todos los casos de búsqueda de una palabra están presentes ciertos rasgos fenomenológicos. Una lista parcial incluye: anticipación y rememoración, un rasgo peculiarmente lingüístico que será llamado “textura semántica”,<sup>11</sup> pre-tener, y un grado de cumplimiento. Todos estos rasgos se superponen y admiten grados en cada tipo de búsqueda de palabras.

Al buscar una palabra, la anticipación es tal que uno espera tener éxito en encontrar la palabra “correcta”, porque la experiencia propia presenta esta palabra como ya sedimentada en la propia experiencia lingüística (excepto en el caso de buscar una expresión metafórica).<sup>12</sup> Uno la espera porque la experimenta como “ya ahí”. Este rasgo anticipacional es similar a las anticipaciones del espacio corporal en las que, por ejemplo, uno anticipa que si camina alrededor del árbol en el patio, verá su otro lado. La anticipación puede aparecer en varias formas. A veces uno anticipa que la palabra aparecerá rápidamente, otras veces que aparecerá más despacio. (Esta misma estructura anticipacional

ocurre cuando se trata de recordar algo.)<sup>13</sup> Que uno anticipe una rápida o lenta recuperación de la palabra parece depender del contexto semántico. A veces uno habla o escribe deliberadamente, con una idea de cuanto durará un acto discursivo.<sup>14</sup> Uno puede buscar una palabra en medio de una rápida réplica o en medio de un extenso discurso político, y en ambos casos la palabra puede ser buscada como parte de una elocución larga o corta. También, al tardarse uno más y más en pensar en una palabra, la anticipación con frecuencia toma un tono de frustración. A veces uno dice: “¡Cielos, sé lo que quiero decir!”. Esta no es una mera falsedad, en el sentido de que si uno supiera lo que quiere decir lo estaría diciendo. Más bien muestra la manera en que la anticipación presenta el decir futuro exitoso en el presente (independientemente del eventual éxito o fracaso que uno tenga). Este sentido del “presentar” es *sui generis*; ninguna otra cosa aparece tal y como lo hacen las anticipaciones lingüísticas. Una intención lingüística y un acto lingüístico son experimentados como ser-hacia-la-conclusión-semántica.

La rememoración hace que la palabra buscada encaje en su contexto discursivo —como conclusión de un pensamiento, una tesis ulterior que hay que plantear, una glosa sobre un argumento ya presentado, y así sucesivamente. El contexto discursivo de la rememoración es lo que asegura lo apropiado de la palabra buscada, y está entretelado con la textura semántica del acto. La rememoración estructura la búsqueda, acotando las regiones semánticas para ella.<sup>15</sup> La búsqueda no está meramente “abierta”, sino que está matizada por su contexto semántico y de rememoración. Así como uno no busca “simplemente en cualquier lugar” cuando busca un objeto perdido, buscar una palabra está tan estructurado por la anticipación y la rememoración que la búsqueda es “acotada” dentro de las vastas regiones de la *langue*. Aquí, de nuevo, las relaciones temporales de anticipación y rememoración se entretelen con la textura semántica del acto. Como es típico de la anticipación y la rememoración, destacan temáticamente ante todo cuando la anticipación se frustra, por ejemplo, cuando uno no puede encontrar la palabra correcta, o encuentra una palabra “equivocada”, o cuando uno se distrae y “pierde el hilo”, dejando ir así la guía de la rememoración que estructuró semánticamente la anticipación que se tenía.

Al buscar una palabra, la textura semántica es tal que uno intenciona hacia una combinación de un concepto lingüístico y una palabra que particular-

mente lo representa. En un pasaje de *Ideas I*, Husserl usa *Sinn* para representar conceptos y *Bedeutung* para significados lingüísticamente encarnados,<sup>16</sup> pero, por supuesto, Husserl suele emplear *Sinn* en un sentido mucho más amplio, que abarca todo lo que es significativo, incluyendo significados pre-lingüísticos y no lingüísticos. Pero lo que se dice de *Sinn* y *Bedeutung* en ese pasaje de *Ideas I* es más simplista que las consideraciones de Husserl en la “Sexta Investigación Lógica”. En ésta usa una variedad de términos y frases para referirse a lo que aquí es llamado textura semántica tanto de las intenciones signitivas como de las intuitivas.

Serán útiles unas cuantas observaciones preliminares sobre el concepto “textura semántica”. “Textura semántica” remite a las estructuras específicamente lingüísticas de la experiencia —las cuales difieren de otras estructuras de la vivencia, aunque pueden ser comparadas con ellas. Dichas estructuras incluyen, por ejemplo, la textura social, los elementos de la experiencia que surgen de —y no pueden ser removidos de ni sustituidos por— el hecho de que los seres humanos viven en grupos e interactúan los unos con los otros de maneras que son irreductibles a la conciencia o al comportamiento individual. Las estructuras sociales (entre otras, ciertamente) están basadas en la intersubjetividad o en el ser-con (como lo están las texturas semánticas). Las diversas texturas de la experiencia humana, como texturas, son *sui generis* e irreductibles a otros rasgos de la experiencia. La textura semántica es un modo ontológicamente único en que el uso-del-lenguaje estructura la vida discursiva humana. La textura semántica indica el vivir de estructuras sintácticas y semánticas interrelacionadas de una *langue en parole*, así como el funcionar activo y pasivo de rasgos de este vivir, como intención y competencia lingüísticas, palabras, conceptos, contexto de horizonte y creatividad. La textura semántica remite a la interrelación entre lo que Gendlin llama “significado vivido”\*\* y el vivir resuelto (cuidadoso) del lenguaje.<sup>17</sup>

Es importante recordar que en los primeros tres capítulos de la “Sexta Investigación Lógica” Husserl recalca el cumplimiento de las intenciones signitivas. Esto da cuenta de su discusión sobre lo que estoy llamando “textura semántica” en términos de cumplimiento intuitivo sensorial; aquí estoy explorando en primer lugar las intenciones signitivas, dejando a un lado con frecuencia cuestiones de cumplimiento. Por lo común, hablamos de muchas cosas que son o lejanas en el espacio y/o en el tiempo, o abstractas, y por eso ese

discurso no puede ser cumplido en ese momento en intuiciones sensoriales. Tampoco hablamos comúnmente poniendo especial atención en el cumplimiento imaginativo. En efecto, un gran porcentaje del discurso ocurre sin *fundierenden Vorstellungen*, “representaciones imaginativas” (“*pictorial presentations*”) [*Bildvorstellungen*],<sup>18</sup> “contenido imaginativo complementario” (“*supplementary image-content*”) [*ergänzenden Bildinhalt*],<sup>19</sup> “presentación” (“*presentation*”) [*Präsentation*],<sup>20</sup> o “pura exposición (del objeto) mismo” (“*pure self-presentation*”) [*reine Selbstdarstellung*].<sup>21</sup> La siguiente discusión de la textura semántica habrá de centrarse sobre los modos de hablar más comunes, que son los incumplidos.

Comúnmente, la textura semántica del discurso involucra una aparición relativamente viva de *Bedeutung*, usada aquí para indicar “significado-de-palabra”, y una más tenue, menos viva aparición de conceptos, insertos en sus regiones semánticas.<sup>22</sup> Parecería que, aunque esto pueda ser verdad en muchos actos de habla, usualmente ordinarios, no es el caso en usos del lenguaje más exploratorios, desde el discurso ficticio y poético, a través del filosófico (incluyendo el fenomenológico, como Husserl observa con frecuencia), hasta los vuelos del lenguaje que se encuentran en las metáforas y en la crítica y la teoría literaria. Uno piensa aquí en las muchas lecturas de Derrida y en acusaciones como las de Christopher Norris de que las teorías de Derrida difieren en mucho de “los deconstruccionistas” que con tanta frecuencia citan a Derrida.<sup>23</sup> Sospecho que fue el hecho de que Husserl se concentrara en las intenciones-de-significado cumplidas en las *Investigaciones lógicas* y en otros trabajos lo que le impidió ver esto y lo que provocó que lectores suyos tan astutos como Ricoeur pusieran reparos a su doctrina de la univocidad.<sup>24</sup> La univocidad no es un caso infrecuente, pero de ninguna manera es universal.

Además, uno está consciente a modo de horizonte de su *langue* mientras participa en la *parole*.<sup>25</sup> Un aspecto de la aparición de la *langue* es la propia competencia lingüística,<sup>26</sup> que aparece como conciencia de que “puedo” encontrar la palabra, la familiaridad que acompaña a una praxis sedimentada durante largo tiempo. Una familiaridad comparable, aunque sedimentada de manera distinta, acompaña nuestro conducir, leer, comer, etc. La propia competencia lingüística aparece como un estar situado dentro de un espacio semántico vasto y sin embargo altamente articulado, un espacio que (usualmente) es amistoso, familiar, listo-para-ser-dicho (o listo-para-ser-escrito, etc.).<sup>27</sup> De cualquier manera hay momentos en que el sentimiento de familiaridad

que uno tiene en su espacio semántico se pone a prueba. Todos tenemos momentos en que, por cualquier razón, experimentamos gran dificultad para expresarnos. El sentimiento de familiaridad puede volverse tenso cuando, por ejemplo, uno invierte tiempo y esfuerzo buscando en vano una palabra. En momentos como éste se siente la resistencia de la *langue* como un desafío a la propia competencia lingüística. La *langue* tiene su propia inercia, y por momentos uno no puede moverla, como si fuera una gran piedra. Esta textura semántica, debido a su inserción, a modo de horizonte, en el contexto, en la *langue*, y en la intención comunicativa, es distinta de, por ejemplo, la textura musical cuando uno busca una nota en una canción, o la textura geográfica cuando uno trata de recordar la ubicación de un lugar que no ha visitado por algún tiempo.

La textura semántica sitúa la búsqueda en la región ontológica de la sintaxis y la semántica, y dentro de la semántica, la intención es hacia una región semántica específica, un entretejido de lo sintáctico (un sustantivo, un adverbio, etc.) y lo semántico (una palabra-de-substancia, una palabra-de-color, etc.). El contexto semántico de la *parole* se entreteje con las estructuras de anticipación y rememoración de la búsqueda para acotarla a una región semántica particular (algunas veces, regiones).<sup>28</sup> La textura semántica puede aparecer de varias maneras. Algunas personas afirman que tienen vívidas imágenes mentales de palabras contra un fondo, otras tienen *Vorstellungen* acompañantes de objetos o de objetos en variadas relaciones. Personalmente nunca tengo tales imágenes mentales vívidas. Para mí, la textura lingüística toma la forma de morar en el espacio semántico, o en regiones limitadas de ese espacio, con sus ataduras a modo de horizonte al espacio semántico de la *langue* como un todo. La *langue* no aparece como un espacio semántico finito o cerrado, sino como un espacio viviente y dinámico.<sup>29</sup> Las palabras aparecen contra este telón de fondo del espacio semántico, como decimos a veces, “de la nada”, simplemente “vienen a la mente”.

¿Pero qué quiere decir precisamente la frase descriptiva “morar en el espacio semántico”? Después de todo las palabras no aparecen “de la nada”, sino desde dentro del espacio semántico. Las metáforas espaciales ayudarán a proveer aquí una descripción más concreta. Como la percepción espacial, morar en el espacio semántico es relacional —cada sentido aparece en relación con sentidos relacionados tanto en cercanía de significado como en contraste de



significado, así como en la percepción espacial un objeto temático tiene sus márgenes espaciales más cercanos y más remotos.<sup>30</sup> A diferencia de la percepción espacial común, los significados no tienen “bordes” claramente recortados; los significados relacionados se mezclan unos con otros de tal manera que delimitarlos y separarlos con precisión requiere esfuerzo consciente. Como Descartes pudo darse cuenta, la claridad y la distinción (y por ello la univocidad de significado públicamente compartida en el sentido de Husserl) son rasgos del espacio semántico que se obtienen con dificultad. También, a diferencia de la percepción espacial, los significados en el espacio semántico no se presentan “en una perspectiva” (en *Abschattungen*); o aparecen “de golpe” o en sombreados con textura de matizadas relaciones de significados en la misma región semántica. Como en la percepción auditiva, las presencias semánticas pueden aparecer en “armonías”, cuando los significados relacionados se llaman unos a otros a la mente. Buscar una palabra puede provocar la constitución pasiva de sentidos relacionados de diferentes maneras a la palabra buscada. Tales relaciones pueden incluir la aparición de sinónimos, antónimos, homónimos, palabras que suenan de la misma manera, e incluso retruécanos y juegos de palabras. Sin embargo, las metáforas perceptuales usadas al describir la experiencia del espacio semántico no deben ser tomadas con mucha literalidad. El espacio semántico es, en el sentido de Platón, un reino invisible, inteligible, que tiene su propio modo único de aparecer. La *Besinnung der Erlebnis* no está limitada a los significados lingüísticos, pero cuando lo está, la presencia de la *langue* en el modo del horizonte provee de una textura semántica única, una correlación de conceptos con *Bedeutungen* establecidos que suministra una presencia semántica más concreta. (La presencia vívida de regiones semánticas sería imposible, por supuesto, si el nominalismo fuera verdadero. Esta presencia proporciona evidencia fenomenológica de que el nominalismo tiene que ser falso,<sup>31</sup> y por eso sirve como una contribución a la investigación de los universales.)

El espacio semántico aparece como una multiplicidad sin solución de continuidad de significados articulados y, por ello (al menos en principio), lingüísticamente articulables.<sup>32</sup> Cuando “aparecen” significados nuevos es imposible determinar fenomenológicamente si se han creado regiones semánticas nuevas por el esfuerzo intencional humano (creación), o si se ha encontrado una nueva región semántica que, en algún sentido, pre-existía

(descubrimiento).<sup>33</sup> La fenomenología evita estas afirmaciones causales en favor de las descripciones constitucionales. La tesis epistemológica y ontológica crucial consiste en que una vez que este significado aparece, se anuncia como independiente de ésta o de cualquiera aparición particular: “el significado signitivo involucra un juego de idealidades que están ellas mismas situadas dentro de la historia del discurso y la acción [...] el significado signitivo es soportado por el recuerdo y la repetibilidad”.<sup>34</sup> Pudiera ser también atemporal —o, como prefiere Husserl, omnitemporal (*Allzeitlichkeit*)—<sup>35</sup> porque aparece como un objeto independiente de este o de cualquier acto particular de captarlo. Este es el sentido en el cual Husserl pensó —con buena razón— que había descubierto una forma de evidencia apodíctica disponible para un ego trascendental-intersubjetivo falible.<sup>36</sup> El espacio semántico es completamente intersubjetivo. Aprendemos a desenvolvemos en este espacio mediante la praxis comunicativa:

Siempre hay un elemento de publicidad en la actividad lingüística, porque hago interno lo que otros están haciendo, y esta dimensión de “alguien más” nunca se elimina en el habla; incluso cuando me hablo a mí mismo, engendro en mí una diferencia mínima entre orador y audiencia... incluso cuando nos decimos cosas a nosotros mismos estamos ensayando tentativamente la aserción como para ser dicha para otros; describimos las cosas como habrá de encontrarlas cualquiera que vaya a mirarlas.<sup>37</sup>

Debe notarse que la experiencia de morar en el espacio semántico involucra un juego de presencia y ausencia.<sup>38</sup> La concepción estructuralista de que los significados son simplemente contrastes estructurados es fenomenológicamente falsa;<sup>39</sup> una vez más, esto arroja luz sobre el problema de los universales. Encontrar un significado es en cierta forma estructuralmente similar a encontrar un objeto en el espacio. Las regiones semánticas están presentes hasta cierto punto de la misma manera que las regiones espaciales, incluyendo un área más enfocada con horizontes ensombreciéndose. De la misma forma en que los ojos pueden dejar de enfocar un área espacial para concentrarse en otra, la mente puede cambiar activamente su foco semántico. Por ejemplo, uno puede cambiar de una palabra o concepto de color a palabras o conceptos estrechamente relacionados (incluyendo colores similares, colores contrastantes, colores complementarios, etc.) con o sin imágenes acompañantes. De igual modo,

tal como las regiones del espacio se imponen súbitamente a nuestra atención (como cuando una pelota rueda enfrente del coche en que vamos), los significados pueden venir a nuestra atención en constitución pasiva. La presencia semántica puede compararse también a la presencia emocional —puede ser tan enérgica como para interferir con la propia sensación (como cuando la concentración de un soldado en la libertad o la lealtad le permite ignorar las dificultades físicas inmediatas), y puede ser tan ligera y sutil como para ser casi imperceptible (como cuando uno habla libre y cómodamente). Así, las afirmaciones de Hume de que “todas nuestras ideas o percepciones más débiles son copias de nuestras impresiones o percepciones más vivas”, y de que “todas las ideas, especialmente las abstractas, son naturalmente débiles y oscuras. La mente no tiene sino un ligero dominio de ellas”, son fenomenológicamente falsas.<sup>40</sup> Esto abre un espacio para la experiencia de los universales en la intuición eidética. La presencia semántica está imbuida de la ausencia de otras presencias semánticas. Por su misma naturaleza, el espacio semántico nos presenta con lo ausente; involucra una distancia respecto del objeto, rasgo, relación, etc., con el que trata.<sup>41</sup>

No debe uno quedarse con la impresión de que el espacio semántico está limitado por la *langue*. Hay capas de significado vivencial, *Besinnung*, que nunca son capturadas en el lenguaje.<sup>42</sup> El hecho de que la competencia semántica incluya el ser capaz de decir cosas nuevas es evidencia de la textura abierta de la *langue* y su parcial inclusión en una esfera semántica más amplia.<sup>43</sup> No obstante, cualquier *Bessinnung der Erlebnis* puede, al menos en principio, ser puesto en palabras, así sea de manera inadecuada; ése es el poder de la competencia semántica y la textura abierta de cualquier *langue* dada. Por supuesto, algunos realizan esta competencia en mucho mayor medida que otros.

Buscar una palabra exhibe el fenómeno del “pre-tener”, que no es exactamente lo mismo que la anticipación. Cuando se busca una palabra uno no confronta, por así decirlo, todo el tiempo vivencial, o incluso el corpus entero de la lengua inglesa (japonesa, alemana, etc.). Más bien, la búsqueda está limitada a una región semántica particular o a la relación de varias regiones semánticas. La anticipación, por otro lado, anticipa un pedazo de la totalidad del tiempo vivencial no necesariamente relacionado con el lenguaje. La búsqueda no sólo está delimitada gramatical y semánticamente; también está delimitada contextualmente tanto por lo que uno acaba de decir o escribir como

por lo que uno intenta decir o escribir en seguida. Buscar palabras está por eso pre-estructurado por el contexto lingüístico, y si la búsqueda de palabra se frustra o se tarda mucho, este contexto lingüístico se vuelve más y más manifiesto; por ejemplo, pueden aparecer otras palabras más o menos estrechamente relacionadas. Adicionalmente a los contextos gramaticales y semánticos, hay también horizontes de relevancia. En todos los casos hay un horizonte social que se relaciona con la audiencia que el discurso supone, y los obligados horizontes retóricos, incluyendo exigencia, *ethos* y *pathos*. También hay horizontes más específicos. Por ejemplo, en una clase en un aula hay horizontes pedagógicos, que pueden incluir horizontes de ejemplaridad y de paradigma, o el horizonte de esforzarse por captar el sentido de la pregunta de un estudiante para mejor responderla. La pre-estructura del buscar una palabra incluye la intención comunicativa de alcanzar a una audiencia y de decir algo acerca de algo. Así, la pre-estructura incluye rasgos de la praxis discursiva de la acción comunicativa.<sup>44</sup> El pre-tener del buscar una palabra incluye la propia intención hacia la situación propia y la audiencia (por ejemplo, estando enojado uno puede escoger palabras para lastimar a su interlocutor). Esto afecta nuestra selección de palabras, como Habermas señala al distinguir la “acción estratégica” de la “acción comunicativa”.<sup>45</sup> El evento de buscar una palabra es parte del evento comunicativo,<sup>46</sup> y como tal su pre-tener está enraizado ontológicamente en la comunidad discursiva así como en el ego que busca la palabra.<sup>47</sup> De esta manera el pre-tener de la palabra buscada es parte de la textura ontológica del discurso —alguien que dice algo acerca de algo a alguien en la praxis comunicativa.<sup>48</sup>

El grado de cumplimiento y/o frustración que acompaña la búsqueda de palabras depende, por supuesto, del éxito que uno tenga en encontrar la palabra “correcta”. Encontrar la palabra correcta puede ser un aspecto de un concepto crítico de la verdad, en el cual la opinión se sintetiza con “el significado en su plenitud” (*Richtigkeit*), como un resultado del análisis crítico o la reflexión crítica.<sup>49</sup> A veces uno se ve forzado a usar una palabra que se anuncia por sí misma como “no exactamente la correcta”, en cuyo caso la intención propia se cumple sólo parcialmente. En esos casos una parte de la intención propia consciente —e inconsciente— continúa buscando la palabra “correcta”. La evidencia fenomenológica del esfuerzo inconsciente es la experiencia de tener la palabra “correcta” que súbitamente aparece a la conciencia cuando uno había

dejado de esforzarse conscientemente. (Esto es similar a despertar a la mitad de la noche con la solución a un problema que eludió el esfuerzo consciente y en vigilia.) A veces uno encuentra justo la palabra correcta, y la intención se cumple completamente. Con frecuencia este cumplimiento no es ninguna forma de conciencia perceptual o imaginativa; puede ser una textura semántica clara y distinta, que involucra la plena interrelación de concepto, palabra, intención práctica, etcétera. Luego está el caso en el cual, a pesar de los esfuerzos propios, la intención se mantiene incumplida y uno se ve forzado a “hablar alrededor” de la idea que quiso expresar. Si uno sigue esta táctica, la palabra correcta con frecuencia surge mientras uno habla alrededor de ella. En esos casos uno está consciente de morar (en parte “inconscientemente”) en una región semántica particular, una región que uno sabe (o al menos cree) que es el espacio semántico dentro del cual reside la palabra “correcta”.

### **3. Buscar una palabra específica**

Al buscar una palabra específica, las anticipaciones y rememoraciones propias son especialmente distintas, mientras que siguen estando hasta el momento incumplidas. El caso es análogo al de anticipar una nota en una melodía algo familiar o al de buscar un objeto que uno sabe que está en el armario de la sala. Al menos al principio, por lo común uno anticipa una recuperación veloz de la palabra “correcta”, guiado por su ubicación semántica en la rememoración. Debido a que la palabra buscada es muy específica, la búsqueda involucra una ubicación estrechamente estructurada en la rememoración. Es como si las palabras ya dichas condujeran a tiempo directamente justo hacia la palabra “correcta”. Cuando surge una palabra “incorrecta”, o cuando uno no parece encontrar la palabra, uno está agudamente consciente de este enfoque en la rememoración y en una presencia anticipacional intensificada del futuro inmediato del discurso. A veces decimos: “Esa no es la palabra correcta” o “Tengo la palabra en la punta de la lengua”.<sup>50</sup>

La textura semántica es de una llana familiaridad, al menos al comienzo. Se siente que la palabra está “ya ahí”, a menos que el fracaso prolongado de la búsqueda conduzca a la frustración y a sentir la inercia de la *langue*. Incluso donde uno espera encontrar la palabra “correcta”, la inserción en los horizon-

tes exhibe una amplia variedad de matices semánticos textuales. Algunas veces uno no trata de traer a la mente la palabra propia, sino la palabra de otro autor o hablante. Buscar “la palabra de otro” es diferente de buscar “la propia palabra”. Hay mayor grado de distanciamiento en el caso de las palabras de otro.<sup>51</sup> La naturaleza pública de la textura semántica es tal que incluso cuando se busca la palabra propia uno busca “la palabra que cualquiera usaría para hacer esta afirmación”, y por eso incluso aquí hay algo de distanciamiento.

Al buscar una palabra específica, uno se concentra en un sector del espacio semántico definido y estrecho, prefigurado por la rememoración y el contexto discursivo; las palabras propias están conduciendo precisamente a *esta* palabra. El sentimiento de su “conveniencia” está ahí en la anticipación incluso antes de que la palabra aparezca. Cuando la palabra incorrecta aparece choca con esta “conveniencia” y se *siente* equivocada, a la vez que se experimenta una intención incumplida —o, si la palabra que aparece se encuentra en la “región semántica” de la palabra buscada, una intención parcialmente cumplida, como cuando uno sale con una palabra de color no-exactamente-correcta para un artículo de vestir.

El pre-tener de la palabra sobresale de manera distinta; uno tiene la sensación de estar llevando a cabo una búsqueda muy “cerrada”. Dicha búsqueda a veces es acompañada por la aparición de lo que uno cree que es una parte de la palabra.<sup>52</sup> Esto puede tomar la forma en la que uno dice “Sé que comienza con ‘b’”, o “Sé que tiene dos sílabas”. (Por supuesto, uno puede estar equivocado en tales creencias.) A veces uno recuerda el lugar y/o el tiempo en que tuvo su primer encuentro con la palabra, como al recordar un libro o una conferencia en la que se encontró con ella por primera vez (la fuente experimental próxima de muchas notas al pie de página). De vez en cuando, aparecen palabras relacionadas, tales como sinónimos o antónimos, u otras palabras usadas en el contexto del primer encuentro que se tuvo con la palabra.

Es al buscar una palabra particular cuando el cumplimiento de la intención puede ser máximamente completo. Todos experimentamos este cumplimiento cuando encontramos la mismísima palabra que buscamos, a veces acompañado por la emoción de regocijo, por ejemplo, en casos en que la palabra fue buscada en un contexto social muy importante. Cuando las propias anticipaciones se frustran en una búsqueda de esa índole uno se siente doblemente frustrado, precisamente porque “sabe que sabe” la palabra *correcta*. Esta frus-

tración de incumplimiento o cumplimiento parcial parece que se incrementa según el grado en que uno siente que su búsqueda es “cerrada”. El nivel de frustración también es afectado por la exigencia retórica del discurso. A veces se siente que es muy importante hablar de una manera precisa para construir *ethos*, fomentar *pathos* y hacer la aseveración que se quiere hacer. Ocurren ejemplos de esta clase de búsqueda de palabra durante discursos políticos importantes o cuando se discute con un ser querido. En el primer caso, uno puede estar llevando a cabo una “acción estratégica” de Habermas, mientras que en el segundo caso uno puede estar llevando a cabo una “acción comunicativa”. En otros casos la frustración puede ser bastante ligera, por ejemplo, cuando en una conversación informal uno termina usando un sinónimo en lugar de la palabra buscada. En este caso, aunque se incumple la intención original, la cercanía semántica del sinónimo cumple parcialmente el intento comunicativo. Con frecuencia incluso la negación de un antónimo de la palabra buscada será en esos casos suficiente.

El hecho de que uno piense con frecuencia en los sinónimos con insatisfacción muestra que las palabras son diferentes de los conceptos, que los conceptos moran en espacios semánticos entretnejidos, mientras que las palabras disciernen esos espacios más distintivamente. Por ejemplo, si uno está buscando la palabra “derecho” [“*right*”] y piensa en la palabra “correcto” [“*correct*”] (u “opuesto de izquierdo” [“*opposite of left*”]) no queda satisfecho, aun cuando (en la mayoría de los contextos) estas palabras pueden ser usadas de manera intercambiable precisamente porque significan la misma cosa, recogen el mismo concepto.<sup>53</sup> Esto parece sugerir que los conceptos universales no pueden ser explicados por el nominalismo o el estructuralismo.

No debe confundirse el cumplimiento de una intención de encontrar una palabra con el contenido fenomenológico de una intención lingüística. Es en este segundo contexto en el que Husserl formula su regla  $i + s = 1$ . Cumplir la intención de encontrar una palabra no involucra normalmente el cumplimiento del significado de la palabra en la intuición perceptiva o imaginativa, sino *encontrar la palabra*, esto es, hablar la palabra buscada, acompañada por una intención del sentido dentro del contexto de la textura semántica del propio acto discursivo. Sólo en circunstancias muy restringidas los dos rasgos fenomenológicos ocurren simultáneamente. Tales circunstancias incluirían, por ejemplo, el testimonio de un escrupuloso testigo en un juicio, un artista o un

arquitecto hablando de su trabajo, un decorador de interiores visualizando un conjunto para un cuarto mientras se lo relata a un cliente, o un jardinero planeando un jardín en soliloquio.

#### 4. Buscar una palabra que convenga a un concepto

A veces, en nuestra acción discursiva no buscamos una palabra particular, sino una palabra que convenga a un concepto. Frecuentemente más de una palabra bastará para expresar el concepto deseado. Las estructuras de anticipación y rememoración de tal búsqueda están menos concentradas que cuando se busca una palabra particular; se amplía el espacio semántico un poco más, admitiendo sinónimos, negaciones de antónimos y expresiones de un mayor radio de vigilancia, y por eso uno puede experimentar que los aspectos temporales de la búsqueda son más relajados y abiertos. Por supuesto, la intención comunicativa puede tener mayor o menor precisión; a veces deseamos expresar justo el concepto “correcto” en justo la palabra “correcta”, y a veces estamos dispuestos a decidirnos por una expresión más o menos precisa de una región semántica particular, y esta intención comunicativa afecta los rasgos anticipacionales y de rememoración del acto lingüístico.

En estos casos la textura semántica es, hablando relativamente, más relajada, “ampliada”, menos demandante que en los casos en que se busca una palabra particular —incluso en los casos en que uno busca una expresión conceptual bastante precisa. La acción puede ser comunicativa o estratégica, intensa o informal, pero la estructura intencional en conjunto es la de una búsqueda menos-estrechamente-definida. El concepto puede ser expresado en varios *Bedeutungen*, de la misma manera en que una proposición puede ser expresada en varias oraciones. En casos como este hablamos de tratar de transmitir una idea o un sentido, más que una palabra particular. Estos casos frecuentemente se acompañan de expresiones tales como “si sabes a lo que me refiero” o “para decirlo de alguna manera”. Dichas locuciones son las huellas “públicas” de nuestra intención “privada”.<sup>54</sup>

La textura semántica del conocimiento de conceptos tiene lugar a través de una combinación de aprendizajes: de uno mismo, de los otros, del mundo, y de la(s) propia(s) lengua(s) materna(s). Ciertamente la experiencia humana no



está limitada o circunscrita por la *langue* que uno aprende. Todos luchamos con sentimientos e ideas para los cuales tratamos en vano de encontrar una adecuada expresión lingüística.<sup>55</sup> Un beso, o un ramo de flores, pueden decir tanto acerca del amor o de la pasión como un soneto —a veces más (especialmente si uno no es poeta). Tener meramente un concepto ante la propia conciencia de la textura semántica no basta para una intención comunicativa. Uno puede saber lo que quiere decir pero no cómo decirlo, cuando se quieren dar malas noticias a un amigo. Usualmente este esfuerzo es más sutil y más difícil que buscar una palabra particular. Los conceptos y las palabras no se ponen en fila por parejas o en dobles hélices. Hay una gran cantidad de juego entre concepto y palabra —tanto que a veces no hay una palabra en la propia *langue* para un concepto particular. Esto es cierto en especial, aunque no únicamente, respecto de las metáforas. La migración a través del espacio semántico puede estirar las fronteras conceptuales sin provocar la clase de ruptura lógica del espacio conceptual que describe la teoría de la tensión de Ricoeur sobre la metáfora.<sup>56</sup>

Un aspecto del espacio y la textura semánticos admite una discusión más completa. El lenguaje es comúnmente llamado “lineal” debido a la forma en que es puesto en papel (piedra, etc.). Pero si nos atenemos a la fenomenología de la textura semántica, tenemos que hablar de regiones semánticas, suscitando metáforas espaciales tridimensionales (para no mencionar la cuarta dimensión del tiempo, que también juega un papel). Incluso estas metáforas no capturan la complejidad de la textura semántica. En lugar de ello, algo más parecido al hiperespacio, que exige un análisis vectorial  $n$ -dimensional, parece más apropiado. Un ejemplo nos será aquí de ayuda. Si uno menciona París a varios individuos, aunque la mención traiga a la mente en la audiencia la denotación unívoca “capital de Francia”, puede evocar connotativamente una amplia variedad de respuestas semánticas. Una persona puede imaginar un mapa de Europa, otra la torre Eiffel, otra el ambiente romántico, y otra más un incidente particular en el que participa un mesero grosero. Tal imaginación puede aparecer con o sin representaciones figurativas que la acompañen. Sin duda, estas respuestas semánticas no residen estrechamente juntas en ningún espacio semántico tridimensional imaginable, ni aparecen como cuentas en un cordón lineal.

El pre-tener del buscar una palabra que convenga a un concepto es “más relajado” que el pre-tener del buscar una palabra particular, pero más “ceñido”

que el de buscar un concepto. Tener un concepto en mente abre un poco la región semántica de la búsqueda, sin recaer necesariamente en la “única palabra que conviene al concepto”. Esto es similar a buscar en el espacio un objeto en un cuarto o en una casa, en lugar de hacerlo en el cajón de un tocador o en un armario. Los conceptos casi siempre pueden expresarse en miles de formas. Las excepciones son conceptos estipulados de un cálculo como los de la lógica formal y los de las matemáticas, y ciertos conceptos científicos que están bien definidos a través de su inserción en la teoría y la praxis científica (por ejemplo, masa, aceleración, inercia, capital, anticipación).<sup>57</sup> Sin embargo, el pre- tener de la palabra que conviene al concepto es afectado por varios “apremios”, incluyendo los apremios de a) la región semántica del concepto, b) la gama de palabras disponibles de la *langue* que se relaciona —en contexto— con esa región semántica, y c) la praxis comunicativa relevante en la cual uno está hablando, incluyendo la intención comunicativa. Uno puede emplear la acción estratégica para evitar que el público se percate de los horrores de la guerra expresando el concepto de civiles inocentes asesinados por nuestros soldados como “daño colateral”. Uno puede tratar de construir *ethos* refiriéndose a la propia educación como “clásica” o como “bastante buena”, dependiendo del cálculo que haga uno sobre el refinamiento de su audiencia. En ocasiones, para expresar humor incluso escogemos una palabra inapropiada, como en “Antes no podía ni pronunciar ‘fenomenólogo’ y ahora yo somos uno de ellos”.

El cumplimiento que ocurre cuando uno busca una palabra que convenga a un concepto difiere del que ocurre cuando uno busca una palabra particular. En el incumplimiento la frustración es, *caeteris paribus*, menos frustrante que al buscar una palabra particular porque la búsqueda en la región semántica no es tan “cerrada.” En muchos casos, encontrar una palabra que exprese un concepto diferente en una región semántica estrechamente relacionada bastará para procurarle a uno una intención parcialmente cumplida. En el cumplimiento uno encuentra más “una palabra oportuna” que “la (única) palabra correcta” y por eso la textura del cumplimiento es diferente de la que se invoca al buscar una palabra particular. En aquellos casos en que se encuentra una palabra que de manera única conviene a un concepto estrechamente definido, la textura del cumplimiento se acerca más a la del cumplimiento al encontrar una palabra particular buscada. El cumplimiento de encontrar una palabra

que conviene a un concepto tiene por lo general como resultado la presencia a la conciencia tanto del concepto como de la palabra, presentados ambos en una relación de “conveniencia”.

## 5. Buscar un concepto

La estructura anticipacional del buscar un concepto difiere de la de buscar una palabra particular o una palabra que convenga a un concepto. La presencia de una búsqueda futura exitosa es menos distinta, y disminuye la confianza en el cumplimiento exitoso de la intención propia. La guía que da la rememoración no está tan bien determinada, y abarca una región semántica más amplia.

La textura semántica es tal que el enfoque semántico que uno tiene es más nebuloso. Se revisa una región semántica más amplia, aun sin pensar o esperar una palabra particular de la propia *langue*. Lo que aparece en la búsqueda es el armazón semántico de los conceptos disponibles a través de la *langue*, más que las palabras de la *langue*. Aquí la propia conciencia se dirige más a los conceptos que a las palabras. En algunos casos, la aparición de una palabra de hecho interrumpe la búsqueda, al estar atada a un concepto distinto del que es buscado. En otros casos puede aparecer una variedad de palabras candidatas, haciéndose necesaria una elección de términos. Tal búsqueda puede expandir la *langue* si uno se ve forzado por el contexto semántico a discernir un espacio conceptual extraño o incluso nuevo:

Siempre es posible romper con la presión del lenguaje y darse cuenta de aspectos que los otros quizá no vean, aspectos que no han sido aún institucionalizados en el lenguaje.<sup>58</sup>

Buscar un concepto es más abstracto que buscar una palabra. Mientras más amplia sea la región semántica en que se busca, menos claros y distintos son los objetos de la intención semántica, más o menos como cuando se mira a través de los lentes de unos binoculares ligeramente desenfocados. Dichas búsquedas se acompañan a veces de expresiones tales como: “¿Qué estoy tratando de decir?” o “No estoy completamente seguro de cómo plantear esto”, o “No estoy exactamente seguro de lo que quiero decir”.

El pre-tener del buscar un concepto es más indistinto, abstracto y nebuloso que el pre-tener del buscar una palabra. Su textura es abierta y con frecuencia tenue y tentativa. El pre-tener es menos signitivo y más eidético que en el caso de buscar una palabra. Esto vale incluso para los que no son fenomenólogos: cuando uno busca un concepto está lidiando directamente con *eidei*; aquí uno mora más en universales que en expresiones lexicalizadas. Por supuesto, éstas aparecen con mayores o menores grados de claridad. Aquí uno puede de hecho sentir que está esforzándose para rebasar la *langue*, para encontrar algo verdaderamente nuevo que decir.

El cumplimiento del buscar un concepto no necesita en absoluto tener como resultado el hallazgo de una palabra. A veces decimos: “Sé lo que quiero decir, pero no puedo encontrar las palabras”. En tales casos uno encuentra un concepto pero es incapaz de encontrar una palabra apropiada para expresarlo. Los neologismos aparecen con frecuencia en esas coyunturas en el discurso. Uno puede morar con las *eidei* sin una atadura a una palabra particular que aparezca. Sobra decir que una vez que un concepto ha sido localizado, en la mayoría de los casos una palabra o una expresión apropiada a ese concepto se aparece rápidamente a la conciencia. La fenomenología está llena de ejemplos de neologismos (protención, desalejamiento, estar-en-el-mundo) y palabras o expresiones que se usan en sentidos nuevos (con frecuencia colocadas entre comillas para indicar dicho uso, por ejemplo, “sujeto”, “ego”, actitud “ingenua”). Esos ejemplos indican la complejidad de las relaciones entre vivencias, conceptos y expresiones ya bien establecidas,<sup>59</sup> y dichas relaciones no son estáticas, sino vivenciales y dinámicas.<sup>60</sup> Cuando uno simplemente no puede encontrar un concepto apropiado, tiene una intención completamente incumplida. Por lo común es a partir de este contexto que uno comienza a buscar conscientemente una metáfora. La *langue* y su fondo conceptual han resistido a nuestro empeño, y elegimos mostrar nuestra maestría sobre la *langue*.<sup>61</sup>

## 6. Buscar una expresión metafórica

A veces no meramente buscamos una palabra o una palabra que convenga a un concepto o incluso un concepto; a veces nos disponemos intencionalmente a encontrar una expresión metafórica. Al hacerlo estamos usando el espacio

semántico de nuestra *langue* para crear un elemento nuevo dentro o más allá de dicho espacio. Como lo plantearon Lakoff y Johnson: “así, una metáfora funciona cuando satisface un propósito, a saber, entender un aspecto del concepto”.<sup>62</sup> La idea de *usar* el espacio semántico es importante. Lakoff y Johnson<sup>63</sup> señalan que “la metáfora es en primer lugar una cuestión de pensamiento y acción y sólo derivadamente una cuestión de lenguaje”. Nos volvemos hacia la búsqueda de expresiones metafóricas cuando, en nuestra experiencia, deseamos expresar algo que no sabríamos cómo expresar usando nuestro conocimiento de la *langue*.<sup>64</sup> En estos casos tenemos una sensación intensificada del espacio semántico, y con frecuencia un tipo de frustración muy especial, ya que creamos metáforas en primer lugar para expresar cosas importantes.<sup>65</sup> Parte de su importancia es su novedad (al menos para nosotros), y el sentimiento de necesidad de expresar esta novedad a los otros.<sup>66</sup> Simplemente no podríamos funcionar completamente como seres humanos sin metáforas.<sup>67</sup>

Al buscar una expresión metafórica, las estructuras de anticipación y rememoración constriñen de manera todavía más holgada que al buscar un concepto. Aquí, la búsqueda es muy abierta, sin ser completamente libre. Las coacciones semánticas de la rememoración son menos exigentes, lo que da como resultado una búsqueda “más amplia”. La anticipación no está ni remotamente tan asegurada como cuando se busca una palabra particular o una palabra que convenga a un concepto, precisamente porque uno no puede estar seguro desde el principio de que en efecto encontrará una expresión metafórica apropiada. En este sentido, la anticipación es más bien como la anticipación al escuchar una canción que no nos es conocida o al caminar alrededor de un objeto que no conocemos; hay un contenido determinado para la anticipación, pero es bastante indistinto y relativamente no vinculante. Uno está dispuesto a “invertir más tiempo” en buscar una metáfora.

La textura semántica involucrada al buscar una expresión metafórica es muy diferente de la involucrada al buscar una palabra particular, una palabra que convenga a un concepto, o un concepto. Aquí se impone una clase muy especial de exigencia a la competencia lingüística propia. En esta búsqueda está presente una notable libertad para reelaborar la *langue*. Esta libertad aparece incluso cuando uno se siente frustrado y relativamente fracasado en dar con una expresión metafórica. Esta experiencia de libertad es evidencia fenomenológica de que, aunque constreñidos por nuestra *langue*, todavía esta-

mos en alguna medida a cargo de nuestra *parole*.<sup>68</sup> El lenguaje no habla al hombre. El hombre habla el lenguaje y tiene la habilidad de cambiar el lenguaje con su hablar.<sup>69</sup> De acuerdo con Ricoeur,<sup>70</sup> es “el proceso metafórico el que puede decirse que genera todos los campos semánticos”. Además, esta experiencia muestra la irreductibilidad del ego trascendental intersubjetivo en su papel en el discurso y la acción comunicativa. Por supuesto que uno habla de algo a alguien, pero al mismo tiempo, *uno* habla.<sup>71</sup> La textura semántica de buscar una expresión metafórica contiene una paradoja esencial, pues se usan las reglas y coacciones de la *langue* para abrirse paso a través de esas reglas y coacciones —sin destruirlas o quitarlas. Uno siente las coacciones como lazos que deben romperse, como inercia semántica que hay que vencer. Es aquí donde la competencia lingüística se muestra más plenamente. La textura semántica es una textura de fijeza y flexibilidad al mismo tiempo. Lo fijo son las coacciones sentidas de la *langue*, cuyas regiones en el espacio semántico han sido esculpidas por las necesidades, preocupaciones y aspiraciones de nuestros antepasados lingüísticos. Nuestro lenguaje está tan atado a los mundos naturales y culturales que las coacciones sobre nuestro significar son tan fuertes como las coacciones sobre nuestro movimiento. La humanidad aprendió a volar con mucho gasto de tiempo, vida, trabajo e ingeniosidad. De la misma manera, nuestra *langue* es el resultado de mucho trabajo y sacrificio.<sup>72</sup> Buscar una metáfora es difícil porque uno está tratando de articular algo que quizá no ha sido expresado por nadie en los miles de años que pasaron en el desarrollo de nuestro lenguaje. Las regiones semánticas comienzan a aparecer distorsionadas de una forma que recuerda los cuartos que distorsionan la percepción en los parques recreativos. Por eso una parte de la textura semántica del buscar una expresión metafórica es un reconocimiento de la singularidad propia y de la singularidad de la situación que lo condujo a uno a “entremeterse con” su *langue*. Los poetas, sobre todo, están conscientes de su singularidad —y también de su responsabilidad para con la *langue*. Rara vez las metáforas son creadas arbitrariamente, pero usualmente se lucha por conseguirlas en instancias importantes de praxis comunicativa —donde uno debe decir “lo correcto” aun cuando no exista todavía. La finitud y la fragilidad de la humanidad aparecen en la búsqueda de una metáfora.

Y sin embargo también hay flexibilidad, poder, competencia semántica. El ego está consciente (en algún nivel, por lo menos) de que el hombre domi-

na el lenguaje de la misma manera en que domina el vuelo. No pueden cambiarse las reglas de la naturaleza —pero pueden ser aprendidas y superadas, al menos en cierta medida. De la misma manera, las reglas de la *langue* tienen que ser aprendidas si uno quiere producir expresiones metafóricas. Éstas no pueden ser creadas enteramente “de una pieza”, sino que deben ser arrancadas de las regiones lingüísticas y conceptuales que ya existen. El poder de la competencia lingüística propia aparece de distintas maneras, desplegándose desde el “Eureka” de una metáfora exitosa y el consiguiente sentimiento de poder sobre la *langue* hasta la humillación ante el poder y la inercia de la *langue*, cuando uno, para su frustración, no puede cumplir la intención de formular una expresión metafórica.

El pre-tener en el buscar una expresión metafórica es todavía más abstracto y tenue que cuando se busca un concepto. Al buscar un concepto normalmente uno está en armonía con su *langue*, mientras que al buscar una expresión metafórica uno está consciente de las limitaciones de la *langue*, uno lucha con la *langue* para actualizar una libertad semántica que por lo común se mantiene tácita en la *parole*. Con frecuencia no está uno seguro de su éxito futuro. Se suele decir cosas como: “¿Cómo podría uno decir esto?” O: “No hay ni siquiera palabras para lo que quiero decir”. Sin embargo, el pre-tener se acompaña (en algún nivel y hasta cierto punto, sin duda) con una probadita anticipada del cumplimiento de la propia intención. Esa es la naturaleza de una intención. En el caso de buscar una expresión metafórica, uno está consciente (de nuevo, hasta cierto punto) de que uno *puede* “decir las cosas en nuevas palabras”. Todos tenemos experiencia de gente que crea expresiones metafóricas. Esta es una parte esencial de aprender un lenguaje, de adquirir competencia lingüística. Los niños lo hacen. Incluso los chimpancés lo han hecho.<sup>73</sup> Como resultado de este proceso de adquisición de competencia lingüística, la reacción normal ante una intención incumplida de buscar una expresión metafórica es un sentimiento del fracaso *propio*, más que del fracaso de la *langue*. Decimos: “Simplemente no puedo ponerlo en palabras”, en vez de: “El inglés no sirve para este caso”.

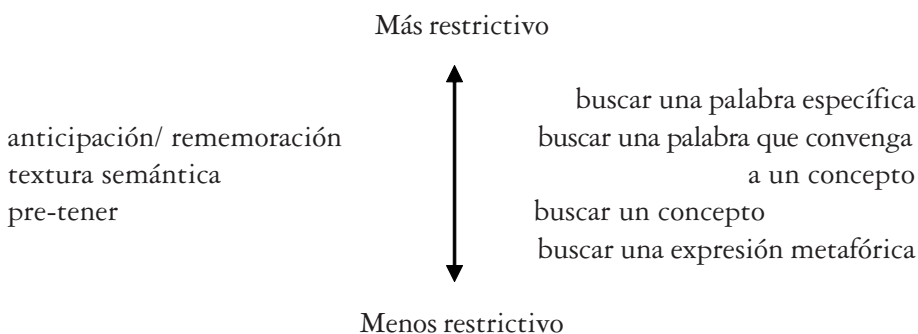
El cumplimiento en el buscar una expresión metafórica es, cuando tiene éxito, una conciencia de una palabra o frase nueva, y en algunas ocasiones también de una nueva confluencia de conceptos. La metáfora resultante es sentida más como “apropiada” que como “correcta”. En tales casos uno está

consciente, como parte de su competencia lingüística, de la libertad del ego. Con frecuencia se presenta un sentimiento de satisfacción y de logro, de haber superado con éxito la inercia y la resistencia de la *langue*. Por otro lado, cuando falla la búsqueda de una expresión metafórica uno está consciente de la limitación de la propia competencia lingüística y de las limitaciones de la *langue*. Esto se siente como un doble fracaso.

## 7. Conclusión

Hemos encontrado que, a pesar de la usual falta de cumplimiento de intenciones sensoriales o imaginativas, hay una gran variedad de fenómenos involucrados en la búsqueda de palabras. Las estructuras de anticipación y rememoración, la textura semántica, y el pre-tener se fueron gradualmente haciendo menos restrictivos al irnos desplazando de buscar una palabra específica, una palabra que conviene a un concepto, buscar un concepto, y buscar una expresión metafórica.

Estos hallazgos pueden resumirse con el siguiente esquema:



La experiencia de buscar palabras exhibe una textura semántica vívida y compleja, una textura que toma diferentes formas en momentos diferentes, mientras que permanece en el mismo espacio semántico global, un espacio que exhibe similitudes y diferencias con el espacio físico. El espacio semántico tiene regiones, pero sus objetos no aparecen de un solo lado como lo hacen los objetos físicos desde una perspectiva visual; los conceptos aparecen más bien



“todos a la vez” como lo hacen los números y las formas lógicas, sin necesidad de “triangulación conceptual” para obtener “una mejor vista” de ellos.

Se encontró que el espacio semántico está estructurado aunque tiene una textura abierta y es dinámico, y que debe extenderse más allá del lenguaje para incluir otras formas de experiencia significativa. Se encontró que el espacio semántico de la *langue* es abierto aunque está poseído de una fuerza de inercia ejercida por sus rasgos lexicalizados que están insertos en un espacio semántico más amplio de significados vivenciales. La competencia lingüística de los hablantes en la *parole*, que incluye, aunque no se limita a ello, la habilidad para crear regiones semánticas nuevas a través de la expresión metafórica, comprende la habilidad para moldear el espacio semántico en formas que se extienden más allá de las regiones lexicalizadas. Los conceptos de *langue* y de espacio semántico, y la “conveniencia” estructurada entre palabras y conceptos, introducen en el problema tradicional de los universales intelecciones fenomenológicas esenciales, intelecciones que merecen investigación posterior.<sup>74</sup> Se espera que esta discusión haya aclarado más la manera en que las intenciones signitativas funcionan concretamente en el discurso.

## Agradecimientos

Deseo expresar mi agradecimiento por sus comentarios a los colegas del Congreso Japonés-Norteamericano de Fenomenología que tuvo lugar en Denver en octubre de 1998, y del Encuentro del Husserl Circle celebrado del 18 al 21 de febrero de 1999 en la Universidad de Memphis. Agradezco especialmente a Denny Bradshaw y a Steven Crowell por sus detallados comentarios. Gracias también a los editores de *Husserl Studies*, William McKenna y Dieter Lohmar, y a un crítico anónimo, por sus perspicaces sugerencias que, así lo espero, han mejorado la presente discusión.\*\*\*

## Notas

\* Esta traducción se publica con el gentil permiso de la editorial alemana Springer. El artículo fue publicado originalmente en inglés en *Husserl Studies*, Vol. 20, Núm. 3, pp.

183-206. (Kluwer Academic Publishers, 2004), con el título “Signitive Intention and Semantic Texture”. [N. del T.]

1. L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations / Philosophische Untersuchungen*, trad. G. E. M. Anscombe, Oxford, Blackwell, 1967, y J.L. Austin, *How to Do Things with Words*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1962.

2. E. Husserl, *Logical Investigations*, 2 vols., trad. J. N. Findlay, New York, Routledge & Kegan Paul, 1970, II, p. 732 (Hua XIX/2, p. 611; *Investigaciones lógicas*, trad. M. G. Morente y J. Gaos, 2 vols., Madrid, Alianza Universidad, 1982, p. 656). [En todas las citas de Husserl, añado la referencia a la versión española de la obra detrás de la referencia que hace el autor al tomo de la colección *Husserliana* (“Hua”). (N. del T.)]

3. *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, p. 728 (Hua XIX/2, p. 607; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, p. 653).

4. Para una fuente rica en descripciones relacionadas, véase Eugene Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning: A Philosophical and Psychological Approach to the Subjective*, Northwestern University Studies in Phenomenology and Existential Philosophy, Evanston, Illinois Northwestern University Press, 1997. Publicado por primera vez en 1962.

5. Estoy en deuda con Lester Embree por sugerirme la expresión “*word seeking*” [“búsqueda de palabras”]. Véase también Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, p. 64. [El autor utiliza en este y otros contextos similares dos expresiones, “*looking for*” y “*seeking*”, que aquí he traducido de una sola manera, como “buscar”. (N. del T.)]

6. Cuando enseño filosofía moderna, generalmente me dirijo a las explicaciones de Descartes, Locke y Berkeley o Hume sobre las “ideas generales”, y luego invito a mis alumnos a que “busquen ellos mismos” para ver cuál explicación es la correcta. Poco a poco he llegado a creer que la experiencia de algunos estudiantes se asemeja a una explicación, mientras la experiencia de otros alumnos se asemeja a otra explicación alternativa. Estoy convencido de que no todos experimentamos las “ideas generales” de la misma manera. Husserl parece haber admitido esta especie de discrepancia (aunque no en referencia al tema de las “ideas generales”) con su “ley de la constitución orientada”, ley que yo ampliaría mediante el tipo de análisis presentado aquí. Véase E. Husserl, *Cartesian Meditations: An Introduction to Phenomenology*, trad. Dorion Cairns, The Hague, Martinus Nijhoff, 1970, pp. 133-134 (Hua I, pp. 161-162; *Meditaciones cartesianas*, trad. J. Gaos y M. García-Baró, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 200-202).

7. Véase Husserl, *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, pp. 593-595 (Hua XIX/1, pp. 436-438; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, pp. 527-530) y H. P. Reeder, “Husserl and Wittgenstein on the ‘Mental Picture Theory of Meaning’”, *Human Studies*, Vol. 3, 1980, pp. 157-167. Como se verá más adelante, ocasionalmente Husserl sugiere un papel más importante para las *Vorstellungen* en la Sexta Investigación Lógica.

8. “Pedazos” en el sentido de la Tercera Investigación Lógica de Husserl: *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, Investigation III, § 17, pp. 467-469 (Hua XIX/1, pp. 272-274; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, pp. 415-416).

9. *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, p. 716 (Hua XIX/2, p. 593; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, p. 641).

10. “Two phenomenologists do not disagree” (en R. Bruzina y B. Wilshire (eds.), *Phenomenology: Dialogues and Bridges*, Selected Studies in Phenomenology and Existential philosophy, 8, Albany, State University of New York Press, 1982, pp. 321-335), p. 329.

11. He escogido la frase neutral “textura semántica” para tener espacio para suplementar la discusión de Husserl acerca de la relación entre intención signitativa e intención intuitiva.

12. A veces, mientras se busca una palabra, una expresión metafórica “emerge” aun cuando uno no estaba buscando una metáfora. En esos casos, la anticipación normal de encontrar la palabra ya establecida correcta está presente, pero se frustra como tal.

13. Aunque hay casos donde uno trata de *recordar* una palabra, yo no categorizaría la búsqueda de palabras en general como un subconjunto del recordar, debido a las estructuras de anticipación y rememoración del discurso. Tratar de *recordar* una palabra interrumpe el flujo del discurso de una forma en que la búsqueda de palabras no lo hace.

14. En aras de la brevedad, de ahora en adelante me ocuparé de actos de habla, entendiendo que todo lo que se diga se aplica, *mutatis mutandis*, al escribir.

15. G. Lakoff y M. Johnson (*Metaphors We Live By*, Chicago, University of Chicago Press, 1980, p. 117) sugieren que “entender tiene lugar en términos de dominios enteros de experiencia y no en términos de conceptos aislados”. Estoy usando la frase “región semántica” en un sentido que será explicado más adelante.

16. E. Husserl, *Ideas Pertaining to a Pure Phenomenology and to a Phenomenological Philosophy. First Book: General Introduction to a Pure Phenomenology*, trad. Fred Kersten, Edmund Husserl, Collected Works II, The Hague, Martinus Nijhoff, 1982, § 124, pp. 294-297 (Hua III/1, pp. 284-288; *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro primero: Introducción general a la fenomenología*, trad. J. Gaos, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 295-299). Véase también R. Sokolowski, *Husserlian Meditations: How Words Present Things*, Northwestern University Studies in Phenomenology and Existential Philosophy, Evanston, Northwestern University Press, 1974, p. 115.

\*\* Traduzco la expresión “*felt meaning*” como “significado vivido” porque creo que la traducción literal (“significado sentido”) da lugar en español a confusiones innecesarias. [N. del T.]

17. Véase Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*

18. Husserl, *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, p. 735 (Hua XIX/2, p. 615; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, p. 659).

19. Husserl, *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, p. 733 (Hua XIX/2, p. 613; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, p. 657).

20. Husserl, *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, p. 734 (Hua XIX/2, p. 613; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, p. 658).

21. Husserl, *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, p. 734 (Hua XIX/2, p. 613; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, p. 658). He entrecorrido estas palabras y frases en parte para mostrar las

limitaciones de la traducción de J. N. Findlay de las *Investigaciones lógicas*, y en parte para mostrar la propia riqueza de Husserl en cuanto a maneras de indicar el cumplimiento.

22. El plural aquí tiene la intención de consignar nuestra conciencia, por más tenue que sea en un momento dado, de la polisemia de las palabras. Véase P. Ricoeur, *Interpretation Theory: Discourse and the Surplus of Meaning*, Ft. Worth, Texas Christian University Press, 1976, p. 17.

23. Véase C. Norris, *Against Relativism: Philosophy of Science, Deconstruction and Critical Theory*, Oxford, Blackwell Publishers, 1997, especialmente los capítulos 1 y 2.

24. Véase C. E. Reagan, y D. Stewart (eds.), *The Philosophy of Paul Ricoeur: An Anthology of His Work*, Boston, Beacon Press, 1978, capítulo 7, "Existence and Hermeneutics", pp. 97-108.

25. Gendlin (*Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, p. 128) advierte que, "de hecho, casi todos los símbolos significantes requieren la presencia, en una persona, de muchos, muchos significados o experiencias *relevantes*". Él relaciona esto con la experiencia pasada, el contexto y la relevancia.

26. Véase J. Habermas, *Communication and the Evolution of Society*, trad. Thomas McCarthy, Boston, Beacon Press, 1979, p. xviii. Véase también K. Müller-Vollmer (ed.), *The Hermeneutics Reader: Texts of the German Tradition from the Enlightenment to the Present*, New York, Compendium Publishing Co., 1992, que rastrea la noción de competencia lingüística hasta Schleiermacher (pp. 10, 76), Humboldt (p. 14), Habermas (pp. 297-298) y Chomsky (p. 318, n. 4). Tengo fuertes sospechas de que la noción, si no la frase, de "competencia lingüística", juega un papel considerable en "El origen de la geometría" de Husserl. Véase E. Husserl, *The Crisis of European Sciences and Transcendental Phenomenology: An Introduction to Phenomenological Philosophy*, trad. D. Carr, Evanston, IL, Northwestern University Press, 1970, Appendix VI, pp. 353-378 (Hua VI, Beilage III, pp. 365-386; "El origen de la geometría", trad. J. Arce y R. Rizo-Patrón, en *Estudios de filosofía*, Núm. 4, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero, 2000, pp. 33-54).

27. Esto parece relacionado con el concepto de "gestalt experiencial" en Lakoff y Johnson (*op. cit.*, p. 81). Por supuesto, la textura semántica se expande más allá de la metáfora.

28. *Cfr.* Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, p. 129: "El significado vivido (relevancia) de lo que ha sucedido antes le permite a uno entender lo que viene después". También: "Cualquier cosa significativa siempre involucra muchos 'otros' significados".

29. Ricoeur (*The Rule of Metaphor: Multi-Disciplinary Studies of the Creation of Meaning in Language*, trads. Robert Czerny con Kathleen McLaughlin y John Costello, SJ, Toronto, University of Toronto Press, 1977, pp. 259, 297) hace hincapié en el dinamismo del espacio semántico.

30. Gendlin (*Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*) sostiene que "significado" (más amplio que significado lingüístico o semántico) está necesariamente relacionado funcionalmente con los símbolos (en un amplio sentido de "símbolo" no limitado a los símbolos lingüísticos —véase abajo la nota 56), es multiesquemático, no-numérico, basado

en el “significado vivido”, pre-conceptual, pre-lógico y mucho más. La presente discusión se limita al significado lingüístico. Una *Auseinandersetzung* más completa con Gendlin deberá aguardar un tratamiento posterior.

31. De hecho, a través de estudios de personas con lesiones cerebrales, se ha aprendido que las palabras son procesadas en un área del cerebro, los conceptos en un área diferente del cerebro, y su combinación en una tercera área del cerebro. Esto parecería proporcionar evidencia empírica de que el nominalismo es falso. Véase A. R. Damasio y H. Damasio, “Brain and language”, *Sci. Am.*, 1992, pp. 89-95.

32. Husserl, *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, p. 728 (Hua XIX/2, p. 606; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, p. 652).

33. Ricoeur rechaza la dicotomía creación/descubrimiento en *The Rule of Metaphor* (*op. cit.*, p. 306), pero en la p. 291 parece hacer la afirmación metafísica de que las metáforas crean nuevos significados.

34. C. O. Schrag, *Communicative Praxis and the Space of Subjectivity*, Studies in Phenomenology and Existential Philosophy, Indianapolis, Indiana University Press, 1986, p. 54.

35. Husserl, E., *Cartesian Meditations*, *op. cit.*, p. 127 (Hua I, p. 155; *Meditaciones cartesianas*, *op. cit.*, p. 193).

36. El concepto de Husserl de “apodicticidad” cambió gradualmente mientras iba cavando más en las profundidades fenomenológicas. Véase H.P. Reeder, “Hermeneutics and Apodicticity in Phenomenological Method”, *Southwest Philosophy Review*, Vol. 6, No. 2, 1990, pp. 43-69.

37. Sokolowski, R., *Presence and Absence: A Philosophical Investigation of Language and Being*, Studies in Phenomenology and Existential Philosophy, Bloomington, Indiana University Press, 1978, p. 43, *cfr.* p. 66.

38. Sokolowski, *Presence and Absence*, *op. cit.*

39. Esta concepción deriva de Saussure (*Course in General Linguistics*, eds. Charles Bally, Albert Sechehaye y Albert Riedlinger, trad. Wade Baskin, New York, McGraw-Hill, 1966, pp. 114-117).

40. Véase D. Hume, *An Enquiry Concerning Human Understanding*, en L. A. Selby-Bigge (ed.), *Enquiry Concerning Human Understanding & Concerning the Principles of Morals*, 3a. ed., Oxford, Clarendon Press, 1975, pp. 19, 21.

41. Véase Sokolowski, *Presence and Absence*, *op. cit.*, pp. 27-28.

42. Husserl advierte que algunas cosas, por ejemplo, la intención viva del “yo soy”, “no puede ser puesta en palabras”, en *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, p. 544 (Hua XIX/1, p. 368; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, p. 483). *Cfr.* Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, p. 34: “El experimentar de un momento contiene implícitamente tantos significados que ninguna cantidad de palabras puede agotarlo”.

43. Véase Husserl, *Ideas Pertaining to a Pure Phenomenology and to a Phenomenological Philosophy*, *op. cit.*, *loc. cit.*

44. Para discusiones muy útiles sobre estos rasgos véase, por ejemplo, Schrag, *Communicative Praxis and the Space of Subjectivity*, *op. cit.* Véase también Habermas, J., *Moral Consciousness and*

*Communicative Action*, trad. Christian Lenhardt y Sherry Weber Nocholsen, Cambridge MA, MIT Press, 1990.

45. J. Habermas, *Moral Consciousness and Communicative Action*, *op. cit.*, p. 58.

46. Véase Paul Ricoeur, "Structure, Word, Event", Capítulo 8, pp. 109-119 de Reagan y Stewart, *op. cit.* Cfr. Sokolowski, *Presence and Absence*, *op. cit.*, pp. 43-44.

47. Véase P. Ricoeur, *Oneself as Another*, trad. Kathleen Blamey, Chicago, University of Chicago Press, 1992.

48. Sobre este punto véase Schrag, *Communicative Praxis and the Space of Subjectivity*, *op. cit.*, p. 179, y Schrag, *The Resources of Rationality: A Response to the Postmodern Challenge*, Studies in Continental Thought, Indianapolis, Indiana University Press, 1992.

49. Véase E. Husserl, *Formal and Transcendental Logic*, trad. D. Cairns, The Hague, Martinus Nijhoff, 1969, § 46, pp. 127-129 (Hua XVII, pp. 132-135; *Lógica formal y lógica trascendental*, trad. Luis Villoro, México, UNAM, 1962, pp. 130-133). Cfr. la discusión sobre "lo correcto de la intención" en Husserl, *Logical Investigations*, *op. cit.*, II, pp. 766-770 (Hua XIX/2, pp. 653-656; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, pp. 686-689).

50. Véase Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, pp. 67, 75-77.

51. Véase P. Ricoeur, *Hermeneutics and the Human Sciences: Essays on Language, Action and Interpretation*, ed. y trad. John B. Thompson, New York, Cambridge University Press, 1981, capítulo 4, "The Hermeneutical Function of Distanciation", pp. 131-144. Véase también Schrag, *Communicative Praxis and the Space of Subjectivity*, *op. cit.*, p. 54, y Schrag, *The Resources of Rationality*, *op. cit.*, pp. 63-66.

52. Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, se refiere a un "significado vivido" que uno "pudiera desear explicar... en palabras" (p. 106), y dice que en tales casos uno se enfoca en un significado vivido, buscando una ulterior simbolización, y "los símbolos adecuados" "vienen a nosotros", y agrega: "el proceso exacto mediante el cual ocurre esto no está bien entendido" (p. 107). La presente discusión trata de explicar más este "vienen a nosotros".

53. Recordamos aquí la discusión de Husserl acerca de la distinción entre significado y objeto de una expresión en *Logical Investigations*, *op. cit.*, I, pp. 287-288 (Hua XIX/1, p. 53; *Investigaciones lógicas*, *op. cit.*, p. 249). Significados diferentes pueden usarse para destacar el mismo objeto.

54. En fenomenología al hablar de actividades y acontecimientos "públicos" y "privados" debe tenerse mucho cuidado, ya que fenomenológicamente no hay absoluta "privacidad" o "publicidad"; más bien estos términos distinguen regiones interrelacionadas del estar-en-el-mundo. Para una discusión sobre esto, véase H. P. Reeder, "A phenomenological account of the linguistic mediation of the public and the private", *Husserl Studies*, Vol. 1, No.3, 1984, pp. 263-280. Cfr. Sokolowski, *Presence and Absence*, *op. cit.*, p. 109, y Sokolowski, *Husserlian Meditations*, *op. cit.*, p. 110: "la privacidad como tal sólo adquiere sentido en el contexto de las otras mentes." Cfr. también R. L. Lanigan, *Speech Act Phenomenology*, The Hague, Martinus Nijhoff, 1977, p. 99.

55. Cfr. Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, p. 75: "el significado vivido también funciona vitalmente sin símbolos en el proceso de obtener símbolos adecuados de

nuevas ideas”. Debe hacerse notar que Gendlin emplea “símbolo” en un sentido amplio, incluyendo “palabras, cosas, situaciones, eventos, comportamientos, interacciones interpersonales, etc.” (p. 28). La presente discusión se limita a los símbolos lingüísticos.

56. Ricoeur, *The Rule of Metaphor*, *op. cit.*, pp. 247 ss., 298 s. Véase también Ricoeur, “Word, Polysemy, Metaphor”, capítulo 9 de Reagan y Stewart, *op. cit.* Véase también Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, p. 64: “Estamos más conscientes de la dimensión del significado vivido cuando nuestros símbolos fracasan en simbolizar adecuadamente lo que queremos decir. En esos momentos, el significado vivido aparece claramente diferente y más rico o más específico que el significado inherente en los símbolos disponibles”.

57. Estoy usando el término “científico” aquí en el sentido del alemán “*Wissenschaft*”, que incluye tanto a las ciencias naturales como a las humanas.

58. Sokolowski, *Presence and Absence*, *op. cit.*, p. 6. Gendlin señala esto, advirtiendo que ninguna clase de teoría de correspondencia entre el lenguaje y la experiencia es aceptable. *Cfr.* “What are the grounds of explication?: A basic problem in linguistic analysis and in phenomenology”, *The Human Context*, 1973, pp. 490-511. Versión revisada de un texto del mismo nombre publicado en *The Monist*, 49, 1, 1965.

59. Véase Gendlin, “What are the grounds of explication?”, *op. cit.*

60. Véase *El ser y el tiempo*, y Gendlin, “What are the grounds of explication?”, p. 498, Proposition 12.

61. Esta habilidad, sugiero, indica la falsedad del relativismo cultural, lingüístico, y de todas las demás formas de relativismo, aunque este argumento nos llevaría muy lejos. Brevemente, el relativismo indica una falsa limitación sobre la mente humana finita y sus poderes. Robert Sokolowski advierte que, mientras que algunas *eidei* pueden estar ligadas culturalmente, “los conceptos regionales no están ligados a la cultura y al lenguaje, por el hecho de que reflejan formas básicas de experimentar y no maneras de pensar” (*Husserlian Meditations*, *op. cit.*, p. 75). *Cfr.* Lakoff y Johnson, *op. cit.*, p. 119: “El tipo de sistema conceptual que tenemos es un producto del tipo de seres que somos y del modo en que interactuamos con nuestros ambientes físicos y culturales”. *Cfr.* también Gendlin, “What are the grounds of explication?”.

62. Lakoff y Johnson, *op. cit.*, p. 97. Véase también Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, pp. 113-117. Gendlin se refiere a la relación entre el viejo y el nuevo significado vivido en términos de *aspectos* viejos y nuevos del significado vivido. Hay una ambigüedad aquí: la experiencia nueva puede ser muy nueva, inesperada, y no solamente un “aspecto nuevo” de una “experiencia vieja” (considérese el uso inicial del término “ondícula” [“*wavicle*”] en física.) Véase especialmente Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, pp. 154-155, 163-164).

63. Lakoff y Johnson, *op. cit.*, p. 153.

64. Schleiermacher advirtió que el conocimiento de la metáfora era necesario en general en la interpretación de textos, en su *Compendio de 1819*, citado en Kurt Müller-Vollmer (*op. cit.*, pp. 88-89).

65. Lakoff y Johnson están en lo correcto al vincular la metáfora al ritual (*op. cit.*, pp. 235-236).

66. Ernst Cassirer, *Language and Myth*, trad. de S.K. Langer, New York, Dover Publications, 1953, discute esta importancia.



67. Schrag, *Communicative Praxis and the Space of Subjectivity*, *op. cit.*, p. 25, advierte que las metáforas tienen sin embargo sus peligros, y requieren entonces de “una crítica interna continua y exigente de la metafóricidad”. Don Ihde advierte la estrecha vinculación entre las metáforas y la metafísica (*Consequences of Phenomenology*, Albany, N.Y., SUNY Press, 1986, p. 69).

68. Gendlin advierte que un aspecto de esta libertad (*Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, p. 116, n. 11): “Uno no crea *exactamente* el mismo nuevo significado cada vez que ocurre la metáfora, esto es, cada vez que los símbolos son aplicados a esta masa de experiencia no completamente diferenciada. Por esta razón, por ejemplo, uno puede leer un poema muchas veces y obtener distintos significados”. (*Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, p. 116, n. 11) Ricoeur, *The Rule of Metaphor*, *op. cit.*, pp. 110-120, describe la manera en la cual el significado de una metáfora puede llegar a quedar históricamente sedimentado (lexicalizado) en una *langue*.

69. Paul Ricoeur en *The Rule of Metaphor*, *op. cit.*, ha descrito detalladamente cómo el uso de expresiones metafóricas ocasiona el crecimiento y el cambio de la *langue*.

70. *The Rule of Metaphor*, *op. cit.*, p. 300.

71. En este sentido creo que Schrag exagera cuando dice acerca del tema del discurso: “No es en absoluto una entidad, sino más bien un evento o acontecimiento que continúa la conversación y las prácticas sociales de la humanidad e inscribe estas contribuciones en sus texturas”. (*Communicative Praxis and the Space of Subjectivity*, *op. cit.*, p. 121) Cada ego está muy al tanto de su ser como una entidad psicológica encarnada: “Das Seiende, dessen Analyse zur Aufgabe steht, sind wir je selbst. Das Sein dieses Seienden ist *je meines*”. M. Heidegger, *Sein und Zeit*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1986, p. 41.

72. Ernst Cassirer habla de “trabajo cultural”, *op. cit.*, p. 58.

73. Me parece irónico que algunos antropólogos y filósofos sigan negando que los chimpancés que hacen señas “en verdad” tengan lenguaje. Cuando al chimpancé Lucy se le enseñó por primera vez una sandía no tenía una palabra para ella, pero después de probarla hizo las señas de “beber-fruta” y “beber-dulce”. El chimpancé Washoe también mostró evidencia de productividad lingüística, señalando “agua-pájaro” cuando se encontró por primera vez un cisne. Esto me impresiona como una habilidad metafórica sobresaliente—y por ello mismo como competencia lingüística. Véase E. Linden, *Apes, Men, and Language*, New York, Penguin Books, 1974, pp. 104-115.

74. Véase, por ejemplo, Gendlin, *Experience and the Creation of Meaning*, *op. cit.*, capítulo V.

\*\*\*El traductor quiere expresar su agradecimiento a Antonio Zirión Q., por su lectura del texto y sus múltiples sugerencias que contribuyeron a mejorar la traducción, y muy especialmente al autor, quien amigable y puntualmente respondió todas nuestras inquietudes sobre el lenguaje del texto. [N. del T.]

Traducción del inglés por *Esteban Marín Ávila*